

SIN MIEDO AL AMBIENTE

Del libro para miembros del Opus Dei: CUADERNOS 7: VOCACIÓN Y APOSTOLADO

SIN MIEDO AL AMBIENTE

*Id por todo el mundo; predicad el Evangelio a todas las criaturas*¹. Las palabras del Señor son bien claras: de la tarea que habrán de realizar sus discípulos no excluye a ningún pueblo o civilización, a persona alguna. Los que otras veces se mostraron cobardes y faltos de ánimo, reciben ahora esa misión universal. Cristo mismo les ofrece la garantía de su asistencia perpetua: *Yo estaré con vosotros hasta la consumación del mundo*².

En cada época concreta de la historia de la salvación, los cristianos son depositarios de ese mandato. Les toca llevarlo a término, en unas circunstancias determinadas. Cuentan con los mismos medios que los primeros seguidores de Jesucristo, con la misma seguridad de que la labor apostólica será eficaz en *todo el mundo*, entre *todas las criaturas*.

Contra corriente

La humanidad alardea de sus recientes conquistas en el campo científico y técnico, pero sufre también las consecuencias de un orden tem-

(1) Marc. XVI, 15.

(2) Matth. XXVIII, 18.

poral que algunos han querido organizar prescindiendo de Dios. Por esto, el progreso espiritual del hombre contemporáneo no ha seguido los pasos del progreso material. De aquí surgen la indiferencia por los bienes inmortales, el afán desordenado de los placeres de la tierra, que el progreso técnico pone con tanta facilidad al alcance de todos, y, por último, un hecho completamente nuevo y desconcertante, cual es la existencia de un ateísmo militante, que ha invadido ya a muchos pueblos³.

En los últimos años, esta situación no ha hecho sino agravarse: mientras parece consolidarse en diversas naciones, en otras avanza rápidamente. Se intenta borrar de la conciencia de los hombres el fin trascendente al que son llamados. El resultado es el olvido de Dios.

Hace mucho tiempo nos lo hacía considerar nuestro Padre, con frase gráfica, para impulsarnos a trabajar por Cristo sin un momento de descanso. *Contemplad en el mundo* —nos decía— *esa mancha roja del marxismo, que se extiende rápida, que lo arrastra todo, que quiere destruir en el hombre hasta el más elemental sentido sobrenatural. Donde no está esa mancha, hace todos los días un avance otra ola muy grande de sensualidad, de —perdonadme— de imbecilidad, porque los hombres tienden a vivir como bestias.*

Y aún se ve otro color —una ola negra— que avanza y avanza, especialmente en los países latinos, de una manera más hipócrita en otras naciones: es el ambiente anticlerical, el anticlericalismo malo, que quiere relegar a Dios y a la Iglesia al fondo de la conciencia. Aunque no es eso. Vamos a decirlo de otra manera más clara: quiere como encerrar a Dios y a la Iglesia dentro de los límites de la vida privada, sin que el hecho de tener la fe y la moral del cristiano se manifieste en la vida pública. No exagero: estos tres peligros son constantes, evidentes, agresivos⁴.

Los líderes de estos movimientos presentan sus objetivos como una conquista del hombre, que habiendo llegado a la edad adulta de su historia, consigue liberarse de los lazos que en otras épocas le aprisionaban. Y al son de esa conquista, le despojan de las cualidades más valiosas de la naturaleza humana, que ha sido hecha a imagen y semejanza

(3) Juan XXIII, Const. apost. *Humanae salutis*, 25-XII-1961.

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, n. 32.

de Dios ⁵, para después, una vez deshumanizado, tratarlo como a una criatura de orden inferior. *Atravesamos —nos advierte el Padre— unos momentos históricos con un programa social deteriorado por violencias y desenfrenados egoísmos —tanto individuales como colectivos—, que sofocan la paz y la serenidad de las personas y de las familias. Muchos son los que se encuentran como inermes ante la presión de intereses, pasiones e ideologías que forman un gran estruendo de confusión, como un eco del non serviam! de Satanás, que retumba sin cesar. No faltan quienes trabajan en la sombra, tratando de arrinconar los valores cristianos, como si fueran entelequias superadas de épocas pasadas ⁶.*

Las hambres de trascendencia del hombre se pretenden ahogar con las cosas materiales; se estudia el modo de corromper la inteligencia; se fuerza la voluntad, estimulando las pasiones con una propaganda agresiva; la huida, incluso el desprecio de Dios, es favorecida como una liberación. *Si San Pablo hubiese de juzgar los ambientes sociales y profesionales, en los que nosotros hemos de secundar las exigencias de nuestra vocación, seguramente lo haría con un acento no menos severo del que, inspirado por el Espíritu Santo, utilizó para poner en guardia a los primeros cristianos ante las miserias morales de la sociedad pagana de su tiempo ⁷. Como no quisieron reconocer a Dios —se lee en la Epístola a los Romanos—, Dios los entregó a un réprobo sentido, de suerte que han hecho acciones indignas del hombre, quedando atestados de toda suerte de iniquidad, de malicia, de fornicación, de avaricia, de perversidad; llenos de envidia, homicidas, pendencieros, fraudulentos, malignos, chismosos, infamadores, enemigos de Dios, ultrajadores, soberbios, altaneros, inventores de vicios, desobedientes a sus padres, irracionales, desgarrados, desamoralados, desleales, sin misericordia ⁸.*

Estas palabras no son sólo aplicables a tiempos de barbarie. *En estos momentos, el Señor nos urge a reparar mucho porque, desgraciadamente, la humanidad se está alejando de El a pasos de gigante. Hoy, en el mundo, o se le desconoce, o se le persigue. ¿Cuál es la consecuencia? Está a*

(5) Cfr. Genes. I, 26.

(6) Del Padre, Carta, 9-I-1980, n. 14.

(7) Del Padre, Carta, 16-VI-1978.

(8) Rom. I, 28-31.

la vista en todos los países: violencia, pornografía descarada, atentados a la vida inocente... La gente se asombra y se pregunta: ¿cómo hemos llegado a tanto? Y la respuesta aparece muy clara: ¿cómo no van a suceder esas aberraciones, si se abandona a Dios, que es el fundamento de todo el orden moral, el que nos mantiene en el camino justo?⁹.

Colma la colección de desventuras que acecha esta época el mal ejemplo ante el mundo de numerosos cristianos que, con el descuido de la educación religiosa, o con la exposición inadecuada de la doctrina, o incluso con los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión¹⁰.

Imitando a Jesucristo

No era tampoco halagüeño el panorama del mundo que aparecía ante los primeros discípulos de Jesucristo. Sin embargo, la palabra de Dios fructificó abundantemente en muchos corazones, pues el sembrador y el que hacía crecer la semilla de la fe en las almas —entonces como ahora— es Dios¹¹.

No se retrajeron los primeros cristianos por el ambiente adverso. Confiados en que *no se ha empequeñecido la mano de Dios*¹², se lanzaron con optimismo sobrenatural a cristianizar ese mundo. También nosotros hemos de seguir *en medio de este mar de aguas turbias; en medio de esos ríos que pasan por las grandes ciudades y por los villorrios, y que no tienen en sus aguas la virtud de fortalecer el cuerpo, de apagar la sed, porque envenenan. Hijos míos, en medio de la calle, en medio del mundo hemos de estar siempre, tratando de crear a nuestro alrededor un remanso de aguas limpias, para que vengan otros peces, y entre todos vayamos ampliando el remanso, purificando el río, devolviendo su calidad a las aguas del mar*¹³.

(9) Del Padre, Tertulia, 7.V-1978, en Obras, 1978, pp. 272-274.

(10) Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 19.

(11) Cfr. I Cor. III, 6.

(12) *Isai.* LIX, 1.

(13) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 277.

A todos los cristianos compete esta tarea, y especialmente a quienes —por una gracia particularísima de Dios— viven como a la sombra del espíritu de la Obra. Nadie puede inhibirse. *Todos los hombres son llamados a la vida eterna. Son llamados a la salvación*, exclama Juan Pablo II. *¿Tenéis conciencia de esto? ¿Tenéis conciencia (...) de que todos los hombres están llamados a vivir con Dios, y que, sin El, pierden la clave del "misterio" de sí mismos?*

Esta llamada a la salvación nos la trae Cristo. El tiene para el hombre "palabras de vida eterna" (Ioann. VI, 68); y se dirige al hombre tal como es, situado en circunstancias muy variadas: se dirige al hombre concreto que vive en la tierra. Se dirige particularmente al hombre que sufre, en el cuerpo o en el alma. El viene (...) "para consolar a los tristes..., y dar en vez de ceniza una corona, el óleo del gozo en vez del luto, alabanza en vez de espíritu abatido" (Isai. LXI, 2-3)¹⁴.

Ante nuestros ojos se presenta el ejemplo del Señor. Durante su vida terrena no rehuyó a los pecadores. Iba en su busca, se acercaba a ellos aprovechando cualquier ocasión, sin temor a levantar sospechas entre los que se consideraban como justos. Al ver que el Señor comía con publicanos y pecadores —narra el Evangelio—, los escribas y fariseos decían a sus discípulos: *¿cómo es que vuestro Maestro come y bebe con publicanos y pecadores?*¹⁵.

Y comentaba nuestro Padre: *¿te das cuenta? Los enemigos de Cristo le echan en cara que sea amigo de los pecadores. ¡Claro! ¡Y tú también! Si no, ¿cómo los vamos a convertir?, ¿cómo los vamos a acercar al Médico divino?*¹⁶.

Y es que, por muy cerrada que esté un alma a los requerimientos divinos, siempre queda un resquicio por donde puede entrar la gracia de Dios, e iluminarlo todo, y limpiar, y purificar. En muchos corazones, aparentemente insensibles, late —aunque de modo informe— el don de la fe; en cualquier caso, nada de este mundo es capaz de sofocar completamente la tendencia del hombre hacia su Creador; nada puede acallar la voz de la naturaleza.

(14) Juan Pablo II, Homilía en Lisboa, 14-V-1982.

(15) Marc. II, 16.

(16) De nuestro Padre, Crónica, 1969, p. 1024.

Contemplamos una vez más a Jesucristo. *Está junto al lago de Genesaret y las gentes se agolpan a su alrededor, ansiosas de escuchar la palabra de Dios (Luc. V, 1). ¡Como hoy! ¿No lo veis? Están deseando oír el mensaje de Dios, aunque externamente lo disimulen. Quizá algunos han olvidado la doctrina de Cristo; otros —sin culpa de su parte— no la aprendieron nunca, y piensan en la religión como en algo extraño. Pero, convenceos de una realidad siempre actual: llega siempre un momento en el que el alma no puede más, no le bastan las explicaciones habituales, no le satisfacen las mentiras de los falsos profetas. Y, aunque no lo admitan entonces, esas personas sienten hambre de saciar su inquietud con la enseñanza del Señor*¹⁷.

Es tarea del cristiano facilitar a los demás el encuentro con Cristo, yendo a buscarles, para que se acerquen a El y así aumenten o recobren la vida sobrenatural. Para eso se ha de valer de los lazos normales que se establecen con la amistad. *Vamos a hacernos amigos entre todos nuestros compañeros de trabajo, entre todos los que viven en nuestro ambiente, aunque estén lejos de Dios; incluso os puedo decir que a éstos nos debemos acercar más, porque nos necesitan más. Nos necesitan, primero, los cristianos flojos, los que no viven de acuerdo con la fe que profesan; vamos a acercarnos a ellos con toda nuestra caridad y con toda nuestra comprensión, ofreciéndoles una amistad sincera, auténtica, humana y sobrenatural*¹⁸.

Sólo una cautela ha de tener el cristiano en el apostolado; una preocupación que deriva del sentido común y del sentido sobrenatural: la de procurar que su vida interior no se apague ni se enfríe al contacto con las miserias ajenas. Hemos de purificar los gérmenes de infección, pero yendo prevenidos para no correr el peligro de *contagio*. Esos amigos nuestros, *¿hasta qué punto les podemos tratar? El Señor nos lo dice en la parábola de las vírgenes fatuas y las vírgenes prudentes: mientras no nos hagan daño. Mientras no nos quedemos nosotros a oscuras, les podremos dar de nuestra luz.*

No tengas miedo al mundo paganizado, porque el Señor nos busca

(17) *Amigos de Dios*, n. 260.

(18) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1932, n. 75.

*justamente para que seamos levadura, sal y luz en medio de este mundo. No te preocupes, que el mundo no te hará daño, a no ser que a ti te dé la gana. Ningún enemigo de nuestra alma puede nada, si nosotros no queremos consentir. Y no consentiremos, con la gracia de Dios y la protección de Nuestra Madre del Cielo*¹⁹.

Con estas precauciones, nuestro Fundador marcaba como un límite en el trato apostólico con las personas que nos rodean: *vamos hasta las mismas puertas del infierno, para salvar a un alma. Más allá no, porque no se puede amar a Cristo*²⁰.

Es tiempo de lucha

En esta *guerra de amor y de paz*, hay otro peligro que se ha de evitar: la pasividad, fruto de la indiferencia ante una situación que tantos estragos acarrea a las almas, o el desánimo por el pensamiento de que no se puede hacer nada. Si se diera el caso, deberíamos meditar que somos soldados de Jesucristo. Es cierto que, con nuestras propias fuerzas, poco podemos hacer; pero contamos con un arma de eficacia excepcional: la gracia de Dios. Sólo se nos pide entrar valerosamente, decididamente, en batalla. Porque *el clima de desintegración intelectual, moral y religiosa que pretende afirmarse en el mundo, y dentro de tantas personas, con estructuras de resistencia cada vez más tajante y más radical a la gracia, hemos de interpretarlo como una llamada, un desafío urgente a nuestra responsabilidad de seguidores de Jesucristo. Esta situación, por desgracia muy generalizada, está reclamando a voces que los cristianos nos tomemos a Cristo en serio, al pie de la letra, sin concesiones que desvirtúen la transparencia de la vida y del mensaje del Redentor. No podemos echar agua al vino.*

Nuestro paso por la tierra, que ha de ser un paso a lo divino (...), se convierte en tiempo de lucha sin tregua, en tiempo de pelea santa, corredentora, encomendada al linaje de Dios, a las hijas y a los hijos de Santa Ma-

(19) De nuestro Padre, Tertulia, 24-V-1974, en *Catequesis en América*, I, pp. 38-39.
(20) De nuestro Padre, *Obras IV-56*, p. 7.

ría, para que desbaratemos sin contemplaciones los planes que incansablemente promueve el diablo, empeñado en devorar la vida de Cristo en nosotros ²¹.

El Padre nos previene ante la tentación que podría insinuarse al contemplar el amplio frente que hemos de cubrir. *En algunos sitios, las personas que no están decididas a portarse como apóstoles, de verdad, se excusan diciendo que en su tierra el ambiente es muy difícil: un ambiente de superficialidad, de pereza, de pornografía, de herejía... Nuestro Padre contestaba siempre que esa postura denotaba cobardía, comodidad, y que, además, encerraba una falsía y una injuria a Dios Nuestro Señor, porque El es mucho más generoso que nosotros. Si El nos pide que trabajemos en una parte de esta tierra, aparentemente llena de abrojos, o de piedras, no nos manda cavar o preparar la siembra con las manos; nos proporciona los instrumentos necesarios. En una palabra, nos concede su gracia. Por lo tanto, aunque el ambiente parezca difícil, nosotros llevaremos nuestro ambiente de hijos de Dios a todas las partes del mundo* ²².

Esperan las almas, como la tierra ansía las lluvias que hacen posible la cosecha. Nadie nos ha de resultar indiferente, ningún problema de los hombres nos debe ser ajeno. Atraídos por el *bonus odor Christi* ²³ que el Señor quiere poner en nosotros, nuestros amigos se sentirán impulsados a enderezar el rumbo hacia Dios.

Hijos míos, meteos por todos los rincones. Donde una persona honrada puede vivir, ahí encontraremos aire para respirar. Ahí debemos estar con nuestra alegría, con nuestra paz interior, con nuestro afán de llevar las almas a Cristo.

¿En qué sitios? ¿Donde están los intelectuales? Donde están los intelectuales. ¿Donde están los que trabajan en cosas manuales? Donde están los que trabajan en cosas manuales (...). Vosotros, cuando trabajáis y ayudáis a vuestro amigo, a vuestro colega, a vuestro vecino de modo que no lo note, le estáis curando; sois Cristo que sana, sois Cristo que convive sin hacer ascos, con quienes necesitan la salud ²⁴.

(21) Del Padre, *Carta*, 9-I-1980, n. 5.

(22) Del Padre, *Tertulia*, 8-IV-1977, en *Crónica*, 1977, pp. 624-626.

(23) II *Cor.* II, 15.

(24) De nuestro Padre, *Tertulia*, 23-VI-1974, en *Catequesis en América*, I, pp. 660-661.

Y volverán a reproducirse los relatos maravillosos de la Sagrada Escritura, porque el Señor nos hará instrumentos capaces de obrar milagros y, si fuera preciso, de los más extraordinarios. Daremos luz a los ciegos. ¿Quién no podría contar mil casos de cómo un ciego casi de nacimiento recobra la vista, recibe todo el esplendor de la luz de Cristo? Y otro era sordo, y otro mudo, que no podían escuchar o articular una palabra como hijos de Dios... Y se han purificado sus sentidos, y escuchan y se expresan ya como hombres, no como bestias. In nomine. Iesu! (Act. III, 6), en el nombre de Jesús sus Apóstoles dan la facultad de moverse a aquel lisiado, incapaz de una acción útil; y aquel otro poltrón, que conocía sus obligaciones pero no las cumplía... En el nombre del Señor, surge et ambula! (Act. III, 6), levántate y anda.

El otro, difunto, podrido, que olía a cadáver, ha percibido la voz de Dios, como en el milagro del hijo de la viuda de Naim: muchacho, yo te lo mando, levántate (Luc. VII, 14). Milagros como Cristo, milagros como los primeros Apóstoles haremos. Quizá en ti mismo, en mí se han operado esos prodigios: quizá éramos ciegos, o sordos, o lisiados, o hedíamos a muerto, y la palabra del Señor nos ha levantado de nuestra postración. Si amamos a Cristo, si lo seguimos sinceramente, si no nos buscamos a nosotros mismos sino sólo a El, en su nombre podremos transmitir a otros, gratis, lo que gratis se nos ha concedido ²⁵.

(25) Amigos de Dios, n. 262.

[Anterior](#) - [Siguiendo](#)

[Volver al índice de Cuadernos 7: Vocación y apostolado](#)

[Volver a Libros silenciados y Documentos internos](#)

[Ir a la correspondencia del día](#)

[Ir a la página principal](#)